



PRÓLOGO DE
RUPI KAUR

•

EL
PROFETA

•

**KAHLIL
GIBRAN**

DIANA

KAHLIL GIBRAN

EL PROFETA

Prólogo de Rupi Kaur

Traducción de Andrea Cote

Relatos

DIANA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *The Prophet*

Primera edición: octubre de 2020

© Kahlil Gibran, 1923

© del prólogo, Rupí Kaur, 2019

Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial en cualquier forma. Publicado por acuerdo con Penguin Classics, un sello de Penguin Publishing Group, división de Penguin Random House LLC.

© de la traducción del prólogo, Carmen G. Aragón, 2020

© de la traducción, Andrea Cote, 2019

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Diana es un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Imagen de la cubierta: © Shutterstock

Ilustraciones del interior: Archivo del autor

ISBN 978-84-18118-25-8

Depósito legal: B. 13.230-2020

Fotocomposición: Toni Clapés

Impresión y encuadernación en Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



Sumario

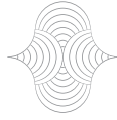
Prólogo	9
Nota de la traductora	17
EL PROFETA	21
La llegada del barco	23
Sobre el amor	31
Sobre el matrimonio	37
Sobre los hijos	41
Sobre el dar	45
Sobre comer y beber	51
Sobre el trabajo	53
Sobre la alegría y el dolor	57
Sobre la casa	59
Sobre el vestir	63
Sobre el comercio	65
Sobre el crimen y el castigo	69
Sobre la ley	73
Sobre la libertad	75
Sobre la razón y la pasión	79



Sobre el dolor	81
Sobre el autoconocimiento	85
Sobre la enseñanza	87
Sobre la amistad	89
Sobre hablar	91
Sobre el tiempo.	93
Sobre el bien y el mal	95
Sobre la oración	99
Sobre el placer	103
Sobre la belleza.	107
Sobre la religión	109
Sobre la muerte	111
Sobre la despedida	115
BIOGRAFÍAS	129
Sobre el autor	131
Sobre la prologuista	133
Sobre la traductora	135



**EL
PROFETA**



La llegada del barco

ALMUSTAFA, el elegido y el amado, aquel que fuera aurora de su propio día, había esperado doce años en la ciudad de Orfalese por el barco que lo llevaría de regreso a su isla natal.

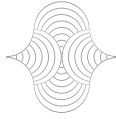
En el duodécimo año, en el séptimo día de Ielool, el mes de la cosecha, subió a la colina, más allá de las murallas de la ciudad, miró el mar y vislumbró su barco arribando entre la niebla.

De repente se abrieron las puertas de su corazón y su gozo voló sobre el océano y cerrando los ojos en el silencio de su alma oró.

Pero mientras bajaba de la colina una tristeza profunda cayó sobre él, y en su corazón meditó:

¿Cómo podría irme en calma y sin dolor? No. No podría dejar esta ciudad sin una herida en el alma.

Largos fueron los días que entre sus murallas he pasado en pena, y largas las noches de soledad. ¿Y quién hay capaz de partir de su soledad y su dolor sin lamentarlo?



Demasiados son los fragmentos de mi espíritu que he dejado entre sus calles, y demasiados también los hijos de mi anhelo que caminaron desnudos entre sus colinas, y no sabría yo cómo dejarles sin sentir angustia y pesar.

Aquel del que ahora me despojo no es un traje, es la piel que rasgo con mis propias manos.

Tampoco es un pensamiento lo que dejo atrás, sino un corazón dulcificado por el hambre y por la sed.

Pero no puedo postergar más mi partida.

El mar, que todas las cosas reclama, me llama a mí ahora, y debo embarcar.

Quedarse aquí, aunque ardan las horas nocturnas, sería congelarse, cristalizarse y seguir sujeto a un molde.

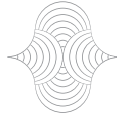
Quisiera poder llevar conmigo todas las cosas de este lugar. ¿Pero cómo podría?

Una voz no puede cargar consigo la lengua y los labios que le han dado alas. Ella sola debe procurar lo etéreo. Y así también el águila, solitaria y sin nido, debe surcar el cielo frente al sol.

Luego, cuando llegó al pie de la colina, volvió la vista al mar y vio su barco en la bahía, sobre la proa estaban los marineros, los hombres de su tierra natal.

Desde el fondo de su alma les gritó:

Hijos de mi madre ancestral, jinetes de las mareas, cuántas veces habéis navegado en mis sueños, para llegar ahora en mi vigilia, que es mi sueño más profundo.



Dispuesto estoy para partir, y mi entusiasmo de velas desplegadas no espera más que el viento.

Tan solo una vez más respiraré este apacible aire, tan solo una última mirada amorosa hacia el pasado, y después me pararé entre vosotros, otro marinero entre los marineros.

Y tú, vasta mar, madre insomne, solo tú eres paz y libertad para el río y la corriente, permíteme otro espiral en el arroyo, tan solo otro murmullo en este claro, y finalmente entraré en ti, como una gota sin límites en un océano sin límites.

Y mientras caminaba vio hombres y mujeres a lo lejos, saliendo de sus campos y viñedos, avanzando presurosos hacia las puertas de la ciudad. Oyó sus voces gritar su nombre entre los sembradíos y hablarse unos a otros de la llegada del barco.

Y entonces se dijo:

¿Será el día de la partida el mismo de nuestro encuentro?

¿Y se dirá que mi crepúsculo fue en verdad mi amanecer?

¿Qué le daré al que dejó el arado a la mitad del surco, o al que detuvo la rueda de su lagar?

¿Podrá mi corazón convertirse en un árbol lleno de frutos que recolectar y repartir entre estos hombres?

¿Fluirán mis deseos como una fuente para llenar sus copas? ¿Seré yo un arpa para que la mano del todopoderoso me toque, o una flauta a través de la cual pase su aliento?

Buscador de silencios soy, pero ¿qué tesoros habré encontrado en ellos de los que pueda ahora desprenderme con confianza?



Si es este el día de mi cosecha, ¿en qué campos y en qué estaciones olvidadas habré sembrado mi semilla?

De ser esta la hora en que levanto mi lámpara, no será mi llama la que arda en ella. Vacía y oscura se elevará mi lumbré y el guardián de la noche será quien la dote con aceite y la encienda.

Estas son las cosas que dije con palabras. Pero mucho más calló con su corazón. Porque él no podía expresar su más profundo secreto.

Cuando entró en la ciudad, todos los habitantes fueron a su encuentro y clamaron a coro, y los ancianos de la ciudad se adelantaron para decirle:

«No te alejes aún.

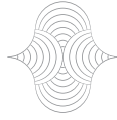
»Has sido un mediodía en nuestro ocaso y tu juventud nos ha colmado de sueños. Entre nosotros no eres un extraño, ni siquiera un huésped, eres nuestro hijo bien amado. No permitas que sufran nuestros ojos hambre de tu rostro».

Y los sacerdotes y las sacerdotisas le dijeron:

«No dejes que las olas del mar ahora nos separen, y que los años que has pasado aquí se conviertan en recuerdos.

»Entre nosotros caminaste como un espíritu y tu sombra iluminó nuestros rostros. Mucho te hemos amado. Pero ha sido un amor sin palabras y cubierto de velos.

»Pero ha llegado el día de profesarlo y descubrirlo ante ti. Bien se sabe que el amor no conoce su hondura más que en la hora de la separación».



Y entonces otros acudieron a suplicarle. Pero él no les respondió. Tan solo inclinó la cabeza, y quienes estaban cerca vieron sus lágrimas rodar sobre su pecho. Luego, él y la gente del pueblo se dirigieron a la gran plaza frente al templo.

Del santuario salió una mujer cuyo nombre era Almitra. Era una vidente. Él la miró con excesiva ternura, porque fue la primera que lo buscó y creyó en él el día en que llegó a la ciudad.

Almitra le saludó diciendo:

«Profeta de Dios, en tu búsqueda de lo lejano, por largo tiempo has contemplado el horizonte a la espera de tu barco. Ahora que ha arribado, deberás partir.

»Profundo es tu anhelo por la tierra de tu memoria y por la casa en que residen tus más grandes esperanzas; nuestro amor no te atará, ni lo harán tampoco nuestras necesidades.

»Pero solo una cosa te pedimos y es que antes de partir nos hables y nos cuentes tu verdad. Así podremos contársela a nuestros hijos y ellos a los suyos para que no perezca nunca.

»En tu soledad has contemplado nuestro tiempo, y en tu vigilia has escuchado el llanto y la risa de nuestro sueño. Revelanos ahora lo que te ha sido revelado y déjanos saber de lo que existe entre el nacimiento y la muerte».

Y él respondió:

Pueblo de Orfalese, ¿de qué podría hablaros yo, salvo de aquello que ahora mismo se agita dentro de vuestras almas?